

en la selección de Álvarez Tardío, algunos de gran interés como «La Revolución inglesa» o «El auge de los whigs». Cabe esperar que este esfuerzo editorial estimule el estudio de Acton y, por extensión, del amplio campo de reflexión que proporciona a los historiadores de las Ideas el liberalismo victoriano, esa «broad political culture»<sup>22</sup>, en palabras de un estudioso británico. *La Inglaterra Victoriana*<sup>23</sup>, de reciente aparición, proporciona un buen punto de partida para la realización de ese trabajo, al tiempo que pone de manifiesto el interés creciente entre los historiadores es-

pañoles por ocuparse de temas ajenos a nuestra historia. El rigor y el buen sentido con el que Manuel Álvarez Tardío ha llevado a cabo la tarea de edición y el excelente estudio preliminar que acompaña a esta antología —que incluye junto a un provechoso análisis del pensamiento de Acton una descripción notable del contexto en el que se desarrolló su vida— hacen del libro un texto indispensable para todos aquellos interesados en la historia intelectual de la Europa del siglo XIX.

NOELIA GONZÁLEZ ADÁNEZ

*Un siglo de España.* José Luis García Delgado y Juan Carlos Jiménez, *La economía*, 219 págs.; Santos Juliá, *Política y sociedad*, 304 págs.; Juan Pablo Fusi, *La cultura*, 228 págs., Madrid, Marcial Pons, 1999.

Estos tres libros constituyen el buque insignia de una nueva editorial, Marcial Pons, cuyo nombre era hasta ahora bien conocido por la cuidadosa profesionalidad de su «casa madre», la librería madrileña que casi todos frecuentamos, y que ahora, con la participación y colabora-

ción de un nutrido consejo editorial, irrumpe con varias colecciones de libros de historia: una de *Estudios*, a la que pertenecen los que aquí comento y que ya había sacado a la luz el de Ángel Bahamonde y Javier Cervera sobre el final de la guerra civil española; una *Biblioteca Clá-*

<sup>22</sup> R. Bellamy, «Britain: Liberalism Defined», en *Liberalism and Modern Society. A Historical Argument*, Cambridge, 1992. Para este autor el liberalismo victoriano constituye algo más que una ideología política. Se trata de un sistema cultural desarrollado por la sociedad británica en respuesta a los desafíos planteados por la revolución industrial, destinado a ordenar y fomentar las transformaciones que ésta trae consigo.

<sup>23</sup> E. Canales, *La Inglaterra Victoriana*, Madrid, 1999.

sica, que se ha estrenado con la compilación de una serie de trabajos de José María Jover sobre *España en la política internacional*; y otra de *Memorias y biografías*, abierta con una reedición de las *Notas de una vida* y otros escritos del conde de Romanones, a cargo de Javier Moreno.

Este *Siglo de España* está compuesto por tres volúmenes escritos por historiadores que necesitan poca presentación y que constituyen su primer y mejor reclamo: José Luis García Delgado que, junto con Juan Carlos Jiménez, se ocupa de la economía; Juan Pablo Fusi, que aborda la evolución de la cultura, como vida intelectual y también como cultura de masas; y Santos Juliá, que aprieta en el más voluminoso de los tres la historia política y social. Tres libros sin notas a pie de página pero con referencias en el texto y una bibliografía sumaria comentada al final; que no pretenden renovar metodológica ni teóricamente la historia, sino ofrecer un balance más o menos denso, con una mayor o menor carga de construcción e interpretación personal según los casos, destinados a un público tanto de especialistas como de interesados por nuestra historia reciente.

Es un balance que deja un regusto de optimismo, porque a finales de siglo España parece haber cerrado las grandes fracturas con las que lo inició y que han marcado su trayectoria durante los últimos cien años. Pero es un optimismo no exento de

sombras y matizaciones. Si empezáramos por la economía, por aquello de guardar las ortodoxias de hace años, llegaríamos con García Delgado y Jiménez a la conclusión de que la «agenda de la modernización económica» —escuela y despensa, obras públicas, industrialización y «desagravización», europeización—, se habría finalmente cumplido, aunque queda incrustado el «peligroso quiste» del desempleo. La calificación de esta trayectoria como «no anómala» no les parece a los autores incompatible con el reconocimiento de una tardía, incompleta y muy lenta convergencia con los países más ricos de nuestro entorno. Tampoco ha sido el de la economía española un recorrido uniforme y acumulativo, sino que, tomando como referencia el producto real por habitante, los autores hablan de «tres Españas»: la de 1900-1935, en la que a un «entonado progreso económico y mercantil» siguió un crecimiento importante en todos los sectores, si bien lastrado por una «modernización institucional muy incompleta», manifestada en los retrasos en la reforma agraria, fiscal y crediticia, así como en el funcionamiento del sector público. Vino después una dramática interrupción que duró hasta 1950, con radicales retrocesos en todos los índices económicos provocados por la autarquía y el intervencionismo «tradicionalizante» de los años 40.

Una «tercera España» se prolongaría desde los años 50

hasta la actualidad. Lo que ya hace tiempo García Delgado llamó el «decenio bisagra» de los 50, y el «zigzagueante final de la autarquía económica», abrieron paso a un espectacular crecimiento propiciado por una liberalización que fue discontinua, desarticulada y errática. El impulso liberalizador inicial no sólo no progresó en los sesenta, sino que fue reduciéndose en medio de dudas y presiones involucionistas, y el franquismo dejó tres complicadas herencias: el sector financiero, el mercado de trabajo y el sector público. Los primeros diez años de democracia —el «decenio difícil» de 1975 a 1984—, en los que la agenda política primó sobre la económica, todavía implicaron un importante salto atrás en términos de convergencia real.

Esa periodización económica sirve también para las explicaciones que Juan Pablo Fusi da de la evolución de la cultura española, y que ilustra en cada paso con una exhaustiva enumeración de los protagonistas y de sus obras. El despertar cultural «asombroso» de comienzos de siglo desembocó en una plenitud, una «formidable vitalidad» europeizada e instalada en la cultura liberal que, representada por la generación de 1914 y a otro nivel por las vanguardias de los años veinte, culminaría en la «República de los intelectuales». Por debajo de ella, el «fracaso» de la cultura católica dejó espacio a un «nacionalismo popular español» impregnado de religiosidad, toros, zarzuela, madrile-

ñismo y andalucismo, detestado por las minorías intelectuales y contra el que se estrellarían los grandes proyectos reformistas republicanos. La guerra civil trajo consigo la ineludible politización de los intelectuales en uno y otro lado, y la dictadura franquista supuso el fin del «excepcional momento cultural». Si para la economía los años cuarenta fueron la «larga noche de la industrialización», para la cultura el «desolador prosaísmo» del propio Franco encarnó la «década triste de la cultura española», como la llamó Luis M.<sup>a</sup> Ansón. El desarrollo de una subcultura de consumo de masas —el fútbol, los toros, la literatura de quiosco, el cine, la radio— permitió enmascarar el «fracaso de la cultura oficial», pero a finales de los años cincuenta, el franquismo habría perdido la batalla de la cultura: los primeros conflictos universitarios y la subcultura marxista, la recuperación de la cultura del exilio y la continuidad de la tradición orteguiana permitirían desde finales de los años sesenta un enriquecimiento y diversificación que se reencontraron con el discurso de la modernidad. Frente a ello, el mejor «cordón sanitario» del régimen fue el desarrollo de esa cultura de masas que la irrupción de la TV multiplicó. La llegada de la democracia abrió las puertas a un «retorno a la normalidad», a una nueva explosión que contó ahora con el amparo oficial y que, carente de «pensamiento dominante», desembocó en una fragmentación e incerti-

dumbre que hallaron refugio en una preocupación significativa por la ética y el debate historiográfico sobre la formación del Estado español; una fragmentación que se dobló por el pluralismo que traía consigo el definitivo reconocimiento de las distintas culturas nacionales, a las que Juan Pablo Fusi presta especial atención a lo largo de todo el libro, desde sus manifestaciones a comienzos de siglo. En la década de los 90, cuando cristalizaron los cambios iniciados desde el comienzo de la transición, se puso de manifiesto lo «contradictorio y engañoso» del cambio cultural: la trivialización de la cultura convertida en moda, acto social y espectáculo; «la banalidad, la confusión y la falsedad» que ocultaban carencias muy graves: desde los bajísimos índices de lectura, las insuficiencias de las bibliotecas y la conservación del patrimonio nacional, hasta la masificación de la Universidad y, en suma, la pérdida de autoridad de la «alta cultura».

Balances, como vemos, optimistas pero no tanto ... En cualquier caso, tanto el desarrollo de la economía como la evolución de la cultura española parecen haber despertado con ímpetu a comienzos de siglo, para verse quebradas por la guerra civil y sus consecuencias, un trágico corte que no encuentra su razón ni en una ni en otra —que más bien lo padecen—, y que, por tanto, hay que explicarse recurriendo al último de los tres libros: el de *Política y so-*

*iedad*. Y en su introducción, Santos Juliá se ofrece a dar la clave: en la sucesión de Monarquía, República, Dictadura, Democracia, la historia de España del siglo xx parecería haber mostrado una «especial dificultad para encontrar un sistema político y una forma de Estado acorde con el progreso de la sociedad». Estaríamos ante un problema político, algo que ya apuntó Carr hace unos años, aunque quizás no para decir lo mismo. Mientras la sociedad española se transformaba en el sentido de la modernización, en un curso similar al que habían recorrido con adelanto las más prósperas sociedades europeas —dice Santos Juliá—, «la política se distanciaba de la democratización y reculaba hacia formas anacrónicas, impuestas a aquella sociedad como un corsé que no la dejó durante décadas respirar a su aire».

La Monarquía de la Restauración, fruto de un pacto de estabilidad entre las elites políticas en 1875, brindó su oportunidad de acomodarse políticamente a las realidades del nuevo siglo a todas las fuerzas políticas. Primero a los conservadores —Silvela y Maura—; luego a los liberales —Canalejas—; más tarde a las oposiciones ..., pero de la gran crisis de 1917 nadie dedujo la necesidad de reforzar un partido político que se dirigiera al gran público, le pidiera su voto, participara en las elecciones y llegara al parlamento sostenido en un movimiento de opinión. Nunca hubo una clase política

tan convencida de la necesidad de drásticas reformas y tan incapaz de llevarlas a cabo, y las expectativas de una reforma democrática se desinflaron. Sonó la hora de los militares, un momento catastrófico que legitimó de nuevo la violencia para llegar al poder. La Monarquía quebró por falta de apoyos, y cayó no por una conspiración de las elites dispuestas a hacerse con el poder tras un pronunciamiento militar arropado por una huelga general, sino por una movilización popular, en medio de una «fiesta popular revolucionaria». Con la República llegó «la hora de las izquierdas» y después la «hora de los radicales». Por último, un «gobierno desasistido», el de 1936, demostración de que el sistema aun no se había consolidado. En la primavera de 1936 la iniciativa pasó por un lado a los sindicatos y por otro a los militares: la hora de unos y de otros, a uno y otro lado del conflicto, vino con el fracaso del golpe de julio de 1936 y su conversión en guerra civil, una guerra en cuya sucesión de alternativas políticas desplegadas en el lado republicano, al hilo también de la coyuntura internacional, la narración se detiene.

A diferencia de la Monarquía, la República no se habría hundido, continúa Santos Juliá, sino que fue derrotada. Y no en unos días, sino en tres años de guerra desigual. Los valores por ella representados habrían contado con más arraigo que la Monarquía. Por eso, una vez consumada la derrota, los nuevos

poderes establecidos por la fuerza de las armas y de la religión, procedieron de manera diametralmente opuesta a como lo hicieron en 1931 las autoridades republicanas. El nuevo Estado se edificó sobre una represión metódica e implacable y, «allanado el solar», llegó la «hora de los fascistas». Es un error, en opinión del autor, aplicar a las dos primeras décadas de la dictadura los conceptos de los años sesenta, de Franco árbitro entre diferentes familias. Ejército, Iglesia y Falange no eran partidos, aunque en ellos se reclutara la clase política; tampoco «familias», sino burocracias incapaces de generar políticas autónomas: «aquello era una dictadura de poder personal sostenido en el control de la población ejercido por tres burocracias nacionales; una dictadura cesarista con una base militar, fascista y católica; no un régimen autoritario de pluralismo limitado y equilibrio entre familias». El cambio vino a finales de los 50, cuando la Iglesia y la Falange se mostraron incapaces de seguir cumpliendo esas funciones, y llegó la «hora del Opus Dei», que llegaba para emprender una estrategia de racionalización y liberalización económica conectada a una reforma de la administración del Estado. «El régimen, si no legítimo, pretendía ser legal». A diferencia de las burocracias anteriores, la ocupación del poder por el Opus llegó a ser completa. Pero el gobierno «monocolor» de 1969 demostró que

constituía un anacronismo tratar de alejarse de la legitimidad que la Dictadura había recibido de su victoria en la guerra civil para refundarla a finales de los años sesenta sobre la eficacia. La Dictadura, para subsistir, necesitaba de todos sus fundadores: sin la Iglesia y contra el Movimiento, aunque el Ejército permaneciera vigilante, el gobierno se enfrentó a problemas insolubles, entre ellos el de la lucha abierta entre las facciones del régimen.

La transición es presentada en un detenido juego de actores que convergen desde dentro del régimen y desde las oposiciones, sin ahorrar detalles sobre las difíciles circunstancias en que tuvo lugar: crisis económica, espiral conflictiva, terrorismo de uno y otro signo... Para Santos Juliá, en nada recuerda la transición a la democracia a lo ocurrido en 1931. La proliferación de partidos políticos quedó rápidamente simplificada en las primeras elecciones y reducida a un sistema de bipartidismo imperfecto, y una mayoría en el Congreso que no era gobierno. El pacto del olvido y de la amnistía no fueron un invento de la transición; muchos habían hablado de ello antes. La radical novedad fue la ampliación de la reconciliación hasta los herederos del franquismo. Y para lograrlo fue necesario, paradójicamente, recordar, hablar —y mucho— de la guerra. No se olvidó, sino que se quiso «echar al olvido». Fue la memoria de lo que se entendía como una trá-

gica escisión política y social en los años treinta la que actuó como refuerzo del consenso, y esta práctica de la política como transacción y acuerdo entre elites procedentes del régimen y de la oposición vino a liquidar el mito de las dos Españas en eterna pugna exclusivista. La Constitución fue el resultado de una transacción entre diferentes proyectos, no de la imposición de una mayoría sobre una minoría... Y otra radical novedad, años más tarde: las elecciones de 1996 no sólo permitieron hablar de la consolidación de un sistema de partidos, sino que, por primera vez en el siglo, un partido que había gobernado durante más de trece años pasaba a la oposición sin una estrepitosa derrota.

Los procesos iniciados en estas últimas elecciones permanecen abiertos, pero las que parecen definitivamente cerradas, concluye Santos Juliá, son la mayor parte de las dificultades estrictamente políticas para encontrar un marco de convivencia aceptado por la mayoría. Queda una cuestión, nacida con el siglo, no resuelta por la Monarquía, acometida por la República, reprimida por la Dictadura y encauzada por la Democracia: unos estatutos de autonomía que los partidos nacionalistas rechazan. De cómo se gestione ese rechazo va a depender el futuro, no ya del sistema político, sino del mismo Estado.

Al referirse al debate historiográfico sobre la España contemporánea como uno de los

que han caracterizado las décadas transcurridas desde la transición a la democracia, dice Juan Pablo Fusi en su libro que se ha producido un cambio de paradigma, un revisionismo crítico y una nueva visión de España que no acepta la tesis del fracaso secular ni cree que lo sucedido en su historia hubiese sido inevitable. Es muy proba-

ble que este cambio de paradigma sea cierto, pero eso no quiere decir que sea universal ni que conduzca interpretaciones unívocas. La lectura de estos tres volúmenes pueden ser una buena base de reflexión y polémica. Porque lo que no está cerrado es el debate histórico.

MERCEDES CABRERA

José Manuel Cuenca Toribio,  
*Catolicismo contemporáneo de España y Europa.*  
*Encuentros y divergencias,*  
Madrid, Ediciones Encuentro, 1999, 131 páginas.

Es éste, sin duda, un libro extraño para lo que suele ser habitual en la historiografía española, poco acostumbrada a sumergirse en el análisis comparativo del catolicismo español desde una perspectiva europea. Todo lo contrario de lo que han venido haciendo algunos historiadores europeos y americanos, que no han dudado un minuto en aprovechar el valor sustancioso del método comparativo pensando, con buen criterio, que pese a sus riesgos y carencias, de él se puede derivar un mejor conocimiento de las transformaciones y evolución de la Iglesia católica en la edad contemporánea, así como de otros problemas muy próximos y afectados por aquel otro como la secularización de los Estados y las sociedades, el comportamiento político de los católicos o el anticlericalismo.

En los últimos años ha aparecido en España algún trabajo

colectivo en el que se ha planteado de forma conjunta el estudio de las relaciones contemporáneas entra la Iglesia y el Estado en el ámbito de los países de la Europa del sur, afectados todos ellos por unas condiciones similares de partida (confesionalidad del Estado, carácter anticlerical de los procesos revolucionarios del siglo XIX, presencia mayoritaria y casi exclusiva de la religión católica, resistencias antiliberales del catolicismo...) aun cuando la evolución de la vida política en cada cual haya estado condicionada por problemas exclusivos (el carlismo en España, la división de los católicos franceses durante la III República o la cuestión romana en Italia). Sin embargo, hay que remontarse a finales de los años setenta y principios de los ochenta para encontrar estudios españoles en los que, más allá de la simple recopilación conjunta de artícu-